

al Paseo de la Reforma. Va la multitud siguiendo vieja rutina, se empeña en ver un espectáculo que ha muerto. Nada hay ya; si acaso, como una burla grotesca, pasa una vetusta carretela con tres ó cuatro individuos que lucen dominós y antifaces de esos desteñidos y ajados que, como recuerdos de añejas costumbres, quedan en las utilerías de los teatros de segundo orden.

* * *

Pasa así la fecha que en antiguas épocas fué de desbordante regocijo, y en pos de ella viene el severo día de la ceniza; en el templo se inclinan las frentes y el sacerdote deja en ellas un poco de polvo, recordando con imponente frase que del polvo salimos y que en polvo se ha de tornar esta carne que tanto ama la vida, esta sangre que hierve en nuestras venas.

Así da principio la temporada de Cuaresma, la época de penitencia.

* * *

A pesar de su severidad, esta temporada tiene mucho de pintoresco. Viene con ella la estación de las flores; las chinampas se cubren de grandes y encendidas amapolas, y los jardines se llenan de claveles rojos como la sangre fresca.

Llega la época del calor; el cielo es azul y limpio, el sol dora los átomos del aire, y parece que el ambiente se incendia.

Los trajes de las damas aparecen frescos y vaporosos, y en lugar de las pieles y los terciopelos á que obliga el invierno, lucen su encanto las gasas, las telas li-

geras y las flores de encendidos matices.

Es la época de las excursiones campestres y en lujosos y potentes automóviles ó á bordo de los carros eléctricos, va la juventud, grupos alegres de damas hermosas y caballeros galantes, á pasar el día, ora bajo la sombra de los viejos y majestuosos ahuehuetes de Atzacapotzalco; ora en los pintorescos sitios de abundante follaje que hay á inmediaciones de Tlálpam; ya entre los tupidos rosales ó en las dilatadas huertas de Tizapán, ya, en fin, en las floridas chinampas de Xochimilco.

Todo es alegría y bullicio: parece que la música tiene en el campo especial deleite, como si las dulces melodías de los violines se hermanaran deliciosamente con los murmullos del viento que juega entre las flores ó con el rumor argentino del agua que canta al caer en delgados hilos de plata.

Al morir la tarde, vuelven los excursionistas cansados de reir y de pasear entre árboles y flores; regresan con el placer del que ha respirado todo el día el aire puro del campo; las damas traen grandes ramos de rosas que, al deshojarse, van dejando regados en el camino sus pétalos de grana.

Así muestra su belleza la primavera; belleza de flores, de perfumes, de amor á la vida.

Primavera que nos hace soñar y que pasa pronto como pasan los sueños, como vuela la juventud, como huye el amor, como se va la vida de las rosas dejando perfumes, como se alejan las horas de dicha dejando recuerdos dulces y gratos que son el perfume de la vida.

Aramis.

